



William Shakespeare

El mercader de Venecia

Traducción, prólogo y notas
de Luis Astrana Marín

Índice

El mercader de Venecia

Acto I

Acto II

Acto III

Acto IV

Acto V

El único dato existente para fijar la cronología de El mercader de Venecia es un pasaje de Francisco de Meres, bachiller en Artes por Cambridge, y más tarde eclesiástico, inserto en su libro Palladis Tamia (Tesoro del ingenio), que se publicó en 1598. En él, como prefacio a una colección de máximas y apotegmas de autores antiguos, aparece una lista de obras de Shakespeare, entre las que figuran Los dos hidalgos de Verona, la Comedia

de las equivocaciones, Trabajos de amor perdidos, El sueño de una noche de San Juan y El mercader de Venecia. Sigue luego una enumeración de tragedias; y del perfecto orden que se observa en la cita de todas las producciones shakespearianas que a la sazón conocía el referido literato se ha deducido que El mercader de Venecia es, en efecto, la última de las comedias hasta entonces representadas.

Puede, por tanto, asegurarse que debió de ser escrita en 1595 ó 1596, a raíz, o poco tiempo después, de inaugurarse El Globo, principal escenario de las piezas del célebre dramaturgo, teatro que, si no se abrió a fines de 1594, es seguro que funcionaba a principios de 1595. La apertura había de verificarse con un estreno, o de comedia o de tragedia. Siendo, pues, el único autor de los coliseos The Globe y Black-Friars nuestro poeta, y Romeo y Julieta y El mercader de Venecia las novedades de los años aludidos, no es aventurado suponer que fuera una de las dos la elegida. Cuando esto acontece, Shakespeare se halla próximo a alcanzar la plenitud de su genio. Ha dado ya a la escena, entre otros, El rey Juan, el Enrique IV y, sobre todo, el Ricardo III, y se dispone a trazar, en fin (1598), la primitiva forma del grandioso Hamlet -según testimonio de su contemporáneo Nashe-, que no refundirá por completo hasta 1602. Al escribir El mercader de Venecia es, pues, Shakespeare treinteno -había nacido en 1564-, y lleva producidas más de veinte obras. Corresponde esta época a las postrimerías de lo que nosotros llamamos primer período de su carrera dramática, que abarca desde Tito Andrónico(1587) hasta Romeo y Julieta y la plasmación del carácter de Shylock (1596).

La famosa comedia de que nos ocupamos fue uno de los más resonantes éxitos de Shakespeare. El doctor Symon Forman, amigo y contertulio suyo, cuenta en sus Memorias la noche agradable transcurrida en una de sus primeras representaciones.

La obra no se imprimió hasta 1600, en cuyo año se tiraron dos ediciones en cuarto, ambas con el nombre del autor, la una por el impresor J. Roberts, que no consta como hecha en Londres, y la otra editada en Madrid, por I. R., para Thomas Heyes. Posteriormente, en 1628, fue incluida en el célebre Folio primero que publicaron los actores y amigos de Shakespeare John Heminge y Henry Condell.

La crítica ha trabajado no poco para encontrar las fuentes de El mercader de Venecia, sabido que su autor casi siempre tomaba de otros los argumentos de sus obras; pero parece que esta es la más original de las suyas; a lo menos, aquella en que ligeramente coge el perfume de la ajena inspiración para en seguida remontarse con alas propias. Y asistimos al espectáculo de un Shakespeare eruditísimo, contra lo que imagina la opinión general y hasta contra el juicio de la mayoría de los anotadores. El autor conoce a fondo la vida y costumbres venecianas, el tráfico de la Serenísima República; bucea en la historia, registrando antigüedades; profundiza en los clásicos; escoge de aquí y de allá en diversos discursos, cuentos y narraciones, ideas y parajes fragmentarios para delinear los personajes y forjar el centro común de la trama; examina Il Pecorone, de Ser Giovanni Fiorentino, colección de novelitas italianas, compuestas a fines del siglo XIV, de una de las cuales (1378) -la referente a la historia del mercader de Venecia- extractose un relato que acabó por transformarse en una canción inglesa, Genutus, muy popular en

Londres en tiempos del dramaturgo; investiga en la historia del papa Sixto V, de Gregorio Leti, en *El orador*, de Alejandro Silvayn, que contiene varias arengas inspiradas en Tito Livio y otros autores de la antigüedad; desentraña la versión de cierto manuscrito persa realizado por Thomas Monro, abanderado de un batallón de cipayos; se empapa de una novela de Ruggieri de Figiovanni, donde vagamente se habla de dos cofres cerrados que el rey Alfonso de España le da a elegir, uno de los cuales contiene tierra y el otro la propia corona del monarca; en fin, estudia la colección de antiquísimos cuentos escritos en latín, que estuvieron de moda hace más de seiscientos años, conocidos bajo el título de *Gesta Romanorum*, donde separadamente se narran los dos principales incidentes de *El mercader de Venecia*.

Uno de ellos, el referente al recibo, se relata en el capítulo XLVIII en estos términos:

«Habiendo tomado a préstamo un caballero cierta suma de manos de un mercader, bajo la condición de pagar con su carne el no cumplimiento, llegado el caso de exigírsele responsabilidad ante el juez, la dama del deudor, disfrazada in forma viri et vestimentis, pretiosis induta, entró en el tribunal, y, con la autorización necesaria, trató de suavizar la pena en que había incurrido. Para llevarlo a efecto, ofreció primeramente al judío pagarle su dinero, y luego le brindó con el doble, a lo cual contestó este último: *Conventionem meam volo habere*. -Puella, cum hoc audisset, ait coram omnibus, Domine mi judex, da rectum iudicium super his quae vobis dixero, etc., etc.»

En otro capítulo de la misma colección se halla el incidente de los cofres. Un rey de Apulia envía a una hija suya a que se despose con el hijo del emperador de Roma. Llegada ante el monarca, este le dice:

«Puella, propter, amorem filii mei multa adversa sustinuisti. Tamen, si digna fueris ut uxor ejus sis cito probabo». En fin: la presenta ante tres cofres, de oro, plata y plomo, cada uno con una inscripción. La joven, después de examinarlos detenidamente, eligió el de plomo, el cual se abrió, encontrándose lleno de oro y piedras preciosas. Entonces dijo el emperador: «Bona puella, bene elegisti - ideo filium meum habebis...»

He aquí los remotísimos manantiales de *El mercader de Venecia*. En cuanto al nombre de los personajes y sitio de acción, solo en *Il Pecorone* se habla de Belmont; y por lo que toca a la palabra *Shaylock*, no son convincentes las razones del doctor Farmer, según el cual Shakespeare tomó el nombre del judío de un antiguo folleto titulado «Caleb Shillocke o la predicción de un hebreo», impreso en Londres por Tomás Pavier, por la sencilla razón de que el tal folleto se dio a la estampa en 1607.

Ahora, ¿fue Shakespeare lo bastante pacienzudo para decidirse a combinar elementos tan esparcidos y extraños con que formar el todo armónico de su deslumbrante comedia dramática? ¿No habrá tomado el argumento de algún novelista desconocido que le ha evitado la labor de coordinar y reunir las gestas, novelas, cuentos y narraciones que hemos mencionado? That is the question. A lo menos, tal acostumbraba.

En tiempos de la reina Isabel había en Londres ocho compañías de cómicos; una de ellas era la de Hewington Butts. En el teatro Bull, coliseo estimable, aunque no tanto como el de La Cortina, y menos como Black-friars, representose, sin embargo, en 1579, un drama cuyo autor no

ha podido descubrirse. La obra se inspiraba en la canción Genutus, de que arriba tratamos, con fuertes reminiscencias de la Gesta Romanorum y de Il Pecorone aludidos. Nada se ha vuelto a saber de ella. ¿Iría a caer en manos de Shakespeare y le sugeriría El mercader de Venecia? ¿A qué concepción se refería Greene cuando llamaba al gran dramaturgo «grajo adornado con plumas ajenas»?

Sea lo que fuere, Shakespeare trazó una de sus inmortales creaciones. «Quizá no exista otro carácter -dice Hanley- tan bien descrito como el de Shylock. El lenguaje, las alusiones e ideas de este pueden dondequiera apropiarse tan perfectamente a un judío, que el protagonista del sublime poeta puede exhibirse como un ejemplo de la raza judía.» Hanley era perspicaz.

¿La idea del dramaturgo? Es patente: demostrar la certeza de la antigua máxima jurídica Summum ius summa iniuria; es decir: que un derecho innegable se transforma en irritante injusticia cuando, llevado a sus últimos límites, invade la esfera de otros derechos. Todos los tipos giran alrededor de esta máxima. El padre de Porcia tiene razón en velar por el mejor establecimiento conyugal de su hija; pero no le incumbe sujetar a su heredera a la disposición caprichosa que le impone. Es plausible que Antonio pida para un amigo una cantidad a préstamo; pero nunca debió comprometerse a pagarla con una libra de su propia carne. Tiene derecho el judío, en virtud del convenio establecido, a arrancar una libra exacta de carne del cuerpo de Antonio, pero no a verter una sola gota de sangre. Solo alabanzas merece el tribunal no amparando al judío; pero faltó a toda justicia condenándole a abjurar de su religión y convertirse al cristianismo. Está en su derecho Jessica al amar a Lorenzo; pero carece de él cuando roba a su padre. Y así los demás, incluso Porcia y Nerissa. Y ¡qué contrastes más asombrosos! La imaginación de Shakespeare se muestra tan fértil y lozana que sabe tejer entrelazados cuatro argumentos: el pleito entre Antonio y el judío, el cortejo de Porcia por Bassanio y los otros pretendientes, los amores de Graciano y Nerissa y, por último, la evasión de Jessica con Lorenzo. ¿Se da maravilla semejante en ningún teatro del mundo?

LUIS ASTRANA MARÍN

PERSONAJES

EL DUX DE VENECIA, pretendiente de Porcia.

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS, pretendiente de Porcia.

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN, pretendiente de Porcia.

ANTONIO, mercader de Venecia.

BASSANIO, amigo suyo.

GRACIANO, amigo de Antonio y Bassanio.

SALANIO, amigo de Antonio y Bassanio.

SALARINO, amigo de Antonio y Bassanio.

LORENZO, enamorado de Jessica.

SHYLOCK, judío rico.

TUBAL, judío, amigo suyo.

LAUNCELOT GOBBO, bufón, criado de Shylock.
EL VIEJO GOBBO, padre de Launcelot.
LEONARDO, criado de Bassanio.
BALTASAR, criado de Porcia.
STEPHANO, criado de Porcia.
PORCIA, rica heredera.
NERISSA, doncella suya.
JESSICA, hija de Shylock.

Magníficos de Venecia, Funcionarios del Tribunal de Justicia, un Carcelero, Criados de PORCIA y otras personas del acompañamiento.

ESCENA. -Parte en Venecia y parte en Belmont, residencia de PORCIA, en el Continente.

Acto I

Escena I

Venecia. -Una calle.

Entran ANTONIO, SALARINO y SALANIO.

ANTONIO.- En verdad, ignoro por qué estoy tan triste. Me inquieta. Decís que a vosotros os inquieta también; pero cómo he adquirido esta tristeza, tropezado o encontrado con ella, de qué substancia se compone, de dónde proviene, es lo que no acierto a explicarme. Y me ha vuelto tan pobre de espíritu, que me cuesta gran trabajo reconocerme.

SALARINO.- Vuestra imaginación se bambolea en el océano, donde vuestros enormes galeones, con las velas infladas majestuosamente, como señores ricos y burgueses de las olas, o, si lo preferís, como palacios móviles del mar, contemplan desde lo alto de su grandeza la gente menuda de las pequeñas naves mercantes, que se inclinan y les hacen la reverencia cuando se deslizan por sus costados con sus alas tejidas.

SALANIO.- Creedme, señor; si yo corriera semejantes riesgos, la mayor parte de mis afecciones se hallaría lejos de aquí, en compañía de mis esperanzas. Estaría de continuo lanzando pajas al aire para

saber de dónde viene el viento. Tendría siempre la nariz pegada a las cartas marinas para buscar en ellas la situación de los puertos, muelles y radas; y todas las cosas que pudieran hacerme temer un accidente para mis cargamentos me pondrían indudablemente triste.

SALARINO.- Mi soplo, al enfriar la sopa, me produciría una fiebre, cuando me sugiriera el pensamiento de los daños que un ciclón podría hacer en el mar. No me atrevería a ver vaciarse la ampolla de un reloj de arena, sin pensar en los bajos arrecifes y sin acordarme de mi rico bajel Andrés, encallado y ladeado, con su palo mayor abatido por encima de las bandas para besar su tumba. Si fuese a la iglesia, ¿podría contemplar el santo edificio de piedra, sin imaginarme inmediatamente los escollos peligrosos que, con sólo tocar los costados de mi hermosa nave, desperdigarían mis géneros por el océano y vestirían con mis sedas a las rugientes olas, y, en una palabra, sin pensar que yo, opulento al presente, puedo quedar reducido a la nada en un instante? ¿Podría reflexionar en estas cosas, evitando esa otra consideración de que, si sobreviniera una desgracia semejante, me causaría tristeza? Luego, sin necesidad de que me lo digáis, sé que Antonio está triste porque piensa en sus mercancías.

ANTONIO.- No, creedme; gracias a mi fortuna, todas mis especulaciones no van confiadas a un solo buque, ni las dirijo a un solo sitio; ni el total de mi riqueza depende tampoco de los percances del año presente; no es, por tanto, la suerte de mis mercancías lo que me entristece.

SALARINO.- Pues entonces es que estáis enamorado.

ANTONIO.- ¡Quita, quita!

SALARINO.- ¿Ni enamorado tampoco? Pues convengamos en que estáis triste porque no estáis alegre, y en que os sería por demás grato reír, saltar y decir que estáis alegre porque no estáis triste.

Ahora, por Jano, el de la doble cara, la Naturaleza se goza a veces en formar seres raros. Los hay que están siempre predispuestos a entornar los ojos y a reír como una cotorra delante de un simple tocador de cornamusa, y otros que tienen una fisonomía tan avinagrada, que no descubrirían sus dientes para sonreír, aun cuando el mismo grave Néstor jurara que acababa de oír una chirigota regocijante.

SALANIO.- Aquí llega Bassanio, vuestro nobilísimo pariente, con Graciano y Lorenzo. Que os vaya bien; vamos a dejaros en mejor compañía.

SALARINO.- Me hubiera quedado con vos hasta veros recobrar la alegría, si más dignos amigos no me relevaran de esa tarea.

ANTONIO.- Vuestro mérito es muy caro a mis ojos. Tengo la seguridad de que vuestros asuntos personales os reclaman, y aprovecháis esta ocasión para partir.

(Entran BASSANIO, LORENZO y GRACIANO.)

SALARINO.- Buenos días, mis buenos señores.

BASSANIO.- Buenos signiors, decidme uno y otro: ¿cuándo tendremos el placer de reír juntos? ¿Cuándo, decidme? Os habéis puesto de un humor singularmente retraído. ¿Está eso bien?

SALARINO.- Dispondremos nuestros ocios para hacerlos servidores de los vuestros.

(Salen SALARINO y SALANIO.)

LORENZO.- Señor Bassanio, puesto que os habéis encontrado con Antonio, vamos a dejaros con él; pero a la hora de cenar, acordaos, os lo ruego, del sitio de nuestra reunión.

BASSANIO.- No os faltaré.

GRACIANO.- No poseéis buen semblante, signior Antonio; tenéis demasiados miramientos con la opinión del mundo; están perdidos aquellos que la adquieren a costa de excesivas preocupaciones. Creedme, os halláis extraordinariamente cambiado.

ANTONIO.- No tengo al mundo más que por lo que es, Graciano: un teatro donde cada cual debe representar su papel, y el mío es bien triste.

GRACIANO.- Represente yo el de bufón. Que las arrugas de la vejez vengan en compañía del júbilo y de la risa; y que mi hígado se caliente con vino antes que mortificantes suspiros enfríen mi corazón. ¿Por qué un hombre cuya sangre corre cálida en sus venas ha de cobrar la actitud de su abuelo, esculpido en estatua de alabastro? ¿Por qué dormir cuando puede velar y darle ictericia a fuerza de mal humor? Te lo digo, Antonio, te aprecio, y es mi afecto el que te habla. Hay una especie de hombres cuyos rostros son semejantes a la espuma sobre la superficie de un agua estancada, que se mantienen en un mutismo obstinado, con objeto de darse una reputación de sabiduría, de gravedad y profundidad, como si quisieran decir: «Yo soy el señor Oráculo, y cuando abro la boca, que ningún perro ladre.» ¡Oh, mi Antonio! Sé de esos que solo deben su reputación de sabios a que no dicen nada, y que si hablaran inducirían, estoy muy cierto, a la condenación a aquellos de sus oyentes que se inclinan a tratar a sus hermanos de locos. Te diré más sobre el asunto en otra ocasión; pero no vayas a pescar con el anzuelo de la melancolía ese gobio de los tontos, la reputación. Venid, mi buen Lorenzo. Que lo paséis bien, en tanto. Acabaré mis exhortaciones después de la comida.

LORENZO.- Bien; os dejaremos entonces hasta la hora de comer. Yo mismo habré de ser uno de esos sabios mudos, pues Graciano nunca me deja hablar.

GRACIANO.- Bien; hazme compañía siquiera dos años, y no conocerás el timbre de tu propia voz.

ANTONIO.- Adiós; esta conversación acabará por hacerme charlatán.

GRACIANO.- Tanto mejor, a fe mía; pues el silencio no es recomendable más que en una lengua de vaca ahumada y en una doncella que no pudiera venderse.

(Salen GRACIANO y LORENZO.)

ANTONIO.- ¿Todo eso tiene algún sentido?

BASSANIO.- Graciano es el hombre de Venecia que gasta la más prodigiosa cantidad de naderías. Su conversación se asemeja a dos granos de trigo que se hubiesen perdido en dos fanegas de paja; buscaríais todo un día antes de hallarlos, y cuando los hubierais hallado, no valdrían el trabajo que os había costado vuestra rebusca.

ANTONIO.- Exacto; ahora, decidme: ¿quién es esa dama por la que habéis hecho voto de emprender una secreta peregrinación, de que me prometisteis informar hoy?

BASSANIO.- No ignoráis, Antonio, hasta qué punto he disipado mi fortuna por haber querido mantener un boato más fastuoso del que me permitían mis débiles medios. No me aflige verme obligado a cesar en ese plan de vida, sino que mi principal interés consiste en salir con honor de las deudas enormes que mi juventud, a veces demasiado pródiga, me ha hecho contraer. A vos es, Antonio, a quien debo más en cuanto a dinero y amistad, y con vuestra amistad cuento para la ejecución de los proyectos y de los planes que me permitirán desembarazarme de todas mis deudas.

ANTONIO.- Os lo ruego, mi buen Bassanio, hacédmelos conocer, y si se hallan de acuerdo con el honor, que sé os es habitual, tened por seguro que mi bolsa, mi persona, mis últimos recursos, en fin, estarán todos a vuestro servicio en esta ocasión.

BASSANIO.- En el tiempo en que yo era colegial, si me sucedía perder una flecha, lanzaba otra, de un alcance igual, en la misma dirección, observándola más cuidadosamente, de manera que descubriese la primera; y así, arriesgando dos, encontraba a menudo las dos. Pongo por delante esta reminiscencia infantil porque se acuerda muy bien con la petición llena de candor que voy a haceros. Os debo mucho, y, por faltas de mi juventud demasiado libre, lo que os debo está perdido; pero si os place lanzar otra flecha en la dirección que habéis lanzado la primera, como vigilaré su vuelo, no dudo que, o volveré a encontrar las dos, o, cuando menos, podré restituiros la última aventura, quedando vuestro deudor agradecido por la primera.

ANTONIO.- Me conocéis bien, y, por tanto, perdéis vuestro tiempo conmigo en circunloquios. Me hacéis incontestablemente más daño poniendo en duda la absoluta sinceridad de mi afecto, que si hubieseis dilapidado mi fortuna entera. Decidme, pues, simplemente lo que debo hacer, lo que puedo hacer por vos, según vuestro criterio, que estoy dispuesto a realizarlo; por consiguiente, hablad.

BASSANIO.- Hay en Belmont una rica heredera; es bella, y más bella aún de lo que esta palabra expresa, por sus maravillosas virtudes. Varias veces he recibido de sus ojos encantadores mensajes sin palabras. Su nombre es Porcia. No cede en nada a la hija de Catón, la Porcia de Bruto. Y el vasto mundo tampoco ignora lo que vale;

porque los cuatro vientos le llevan de todos los confines pretendientes de renombre. Sus rizos color de sol caen sobre sus sienes como un vellocino de oro, lo que hace de su castillo de Belmont un golfo de Colcos, donde una multitud de jasones desembarcan para conquistarla. ¡Oh, Antonio mío! Si tuviese siquiera los medios de sostenerme contra uno de ellos en calidad de rival, algo me hace presagiar que defendería tan bien mi causa, que incuestionablemente resultaría vencedor.

ANTONIO.- Sabes que toda mi fortuna está en el mar y que no tengo ni dinero ni proporciones de levantar por el momento la suma que te sería necesaria. En consecuencia, inquiere; averigua el alcance de mi crédito en Venecia; estoy dispuesto a agotar hasta la última moneda para proveerte de los recursos que te permitan ir a Belmont, morada de la bella Porcia. Ve sin tardanza a enterarte dónde se puede encontrar dinero; haré lo mismo por mi lado, y no dudo que lo encuentre, sea por mi crédito, sea en consideración a mi persona. (Salen.)

Escena II

Belmont. -Una habitación en la casa de PORCIA.

Entran PORCIA y NERISSA.

PORCIA.- Bajo mi palabra, Nerissa, que mi pequeña persona está fatigada de este gran mundo.

NERISSA.- Tendríais razón para estarlo, dulce señora, si vuestras miserias fuesen tan abundantes como vuestras prosperidades, y, sin embargo, por lo que veo, aquellos a quienes la hartura da indigestiones están tan enfermos como los que el vacío les hace morir de hambre. No es mediana dicha en verdad la de estar colocado ni demasiado arriba ni demasiado abajo; lo superfluo torna más aprisa los cabellos blancos; pero el sencillo bienestar vive más largo tiempo.

PORCIA.- Buenas máximas y bien expresadas.

NERISSA.- Valdrían más si estuvieran bien observadas.

PORCIA.- Si hacer fuese tan fácil como saber lo que es preferible, las capillas serían iglesias, y las cabañas de los pobres, palacios de príncipes. El buen predicador es el que sigue sus propios preceptos; para mí, hallaría más fácil enseñar a veinte personas la senda del bien, que ser una de esas veinte personas y obedecer a mis propias recomendaciones. El cerebro puede promulgar a su gusto leyes contra la pasión; pero una naturaleza ardiente salta por encima de

un frío decreto; la loca juventud se asemeja a una liebre en franquear las redes del desmedrado buen consejo. Pero este razonamiento de nada me vale para ayudarme a escoger un esposo. ¡Oh, qué palabra, qué palabra ésta: «escoger»! No puedo ni escoger a quien me agrada, ni rehusar a quien deteste; de tal modo está doblegada la voluntad de una hija viviente por la voluntad de un padre muerto. ¿No es duro, Nerissa, que no pueda ni escoger ni rehusar a nadie?

NERISSA.- Vuestro padre fue siempre virtuoso, y los hombres sabios tienen a su muerte nobles inspiraciones; es, pues, evidente que la lotería que ha imaginado con estos tres cofres de oro, de plata y de plomo (en virtud de la cual quienquiera que adivine su pensamiento obtendrá vuestra mano) no será rectamente comprendida más que por un hombre que os ame rectamente. Pero ¿cuál es la medida de vuestro afecto por esos pretendientes principescos que han venido ya?

PORCIA.- Te lo ruego, recítame la lista de sus nombres; según los enumeres te haré la descripción de ellos, y esta descripción te dará la medida de mi afecto.

NERISSA.- Primero está el príncipe napolitano.

PORCIA.- Sí, es un verdadero potro, pues no hace más que hablar de su caballo y señala entre el número de sus principales méritos el arte de herrarle por sí. Mucho me temo que su señora madre no haya claudicado con un herrador.

NERISSA.- Viene en seguida el conde palatino.

PORCIA.- No hace más que fruncir el entrecejo, como un hombre que quisiera decir: «Si no me amáis, declaradlo». Oye sin sonreír siquiera las anécdotas más divertidas; temo que al envejecer no represente el tipo del filósofo compungido, cuando tan lleno de desoladora tristeza está en su juventud. Preferiría entregarme a una calavera con un hueso entre los dientes, que a cualquiera de esos dos. ¡Que el cielo me libre de ambos!

NERISSA.- ¿Qué decís del señor francés, monsieur Le Bon?

PORCIA.- Dios le ha creado, y, por consiguiente, debe pasar por hombre. En verdad, sé que la burla es un pecado. ¡Pero ese hombre! ... Tiene un caballo mejor que el del napolitano; supera al conde palatino en la mala costumbre de fruncir el entrecejo; es todos los hombres en general y ningún hombre en particular; en cuanto canta un tordo, inmediatamente se pone a hacer cabriolas; sería capaz de batirse con su sombra; si se casase con él, me casaría con veinte maridos. Le perdonaría de buena gana, si llegara a despreciarme; pues, aunque me amara hasta la locura, me sería imposible corresponderle.

NERISSA.- ¿Que decís, entonces, de Faulconbridge, el joven barón de Inglaterra?

PORCIA.- Sabéis bien que no le digo nada porque ni me comprende, ni le comprendo. No habla ni el latín, ni el francés, ni el italiano, y en cuanto a mí podrías jurar ante un tribunal que no sé ni un mal penique de inglés. Es el modelo de un hombre bello; pero, ¡ay!, ¿quién puede conversar con una pintura muda? ¡Y qué raramente vestido! Pienso si ha comprado su jubón en Italia, sus gregüescos en

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

